

EMMA ROMERO

GARDEN



EL JARDÍN DEL FIN DEL MUNDO

GARDEN

EMMA ROMERO

GARDEN

EL JARDÍN DEL FIN DEL MUNDO

Traducción de José Luis Aja Sánchez

ANAYA

Título original: *Garden. Il giardino alla fine del mondo*
Escrito por Emma Romero

1.ª edición: abril 2014

© Del texto: Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milán, 2013
© De las imágenes de cubierta: Shutterstock (James Steidl;
Jeff Stern Photography; Eky Studio)
© De la traducción: José Luis Aja Sánchez, 2014
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta de Stefano Moro

ISBN: 978-84-678-4080-3
Depósito legal: M-3751-2014
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

Capítulo 1	11
Capítulo 2	25
Capítulo 3	35
Capítulo 4	47
Capítulo 5	53
Capítulo 6	63
Capítulo 7	81
Capítulo 8	93
Capítulo 9	97
Capítulo 10	107
Capítulo 11	115
Capítulo 12	125
Capítulo 13	137
Capítulo 14	157
Capítulo 15	171
Capítulo 16	185
Capítulo 17	197
Capítulo 18	229
Capítulo 19	241
Capítulo 20	259
Agradecimientos	269

*Arrancadnos el corazón y veréis que su fuego os abrasará
hasta provocaros la muerte.*

HANS SCHOLL

Capítulo 1

DEBO DE ENCONTRARME en un jardín, pues siento la caricia de la hierba bajo mis pies descalzos. No conozco esta parte del país y tampoco sé cómo he llegado hasta aquí. La última luciérnaga de la noche desaparece ante mis ojos mientras una brisa ligera, procedente de las tierras que he dejado atrás, sopla agitando mis largos cabellos, que se mueven en libertad. Qué extraño. No estoy acostumbrada a llevar el pelo suelto, pues mi cabeza siempre está aprisionada en el gorro que nos obligan a utilizar en la fábrica, que cubre el pelo con una redecilla como una cofia de cocina. El gorro forma parte del uniforme junto al mono amarillo, las botas y las herramientas, que van atadas a la cintura.

Ahora, sin embargo, no llevo el uniforme: voy vestida con unos pantalones cortos y una camiseta blanca de manga corta. Veo que mis brazos, tan blancos como la ropa, se mueven como si quisieran dibujar una figura en el aire. Aquí nadie puede verme. El cielo brilla en medio del más absoluto silencio y la luz de la mañana invita a extender la mirada metros o tal vez kilómetros más allá, a izquierda y a derecha, hasta allí donde la hierba rizada promete hacerse más tersa.

La tentación es más fuerte que yo.

Me tumbo boca abajo y el perfume fresco del prado penetra por mi nariz hasta confundirse con el olor de mi piel. Yo también soy una brizna de hierba mecida por el viento, que de pronto empieza a cantar sin temor alguno. Las palabras salen de mi garganta y se elevan hasta el cielo. Es una canción inventada, que nunca había cantado hasta hoy. Las cuerdas vocales vibran y modulan las notas. No querría encontrarme en ningún otro lugar del mundo. El aire, que entra y sale de mis pulmones, atraviesa las fosas nasales, se desliza por la garganta y se transforma en música. No creía que pudiera sentirme tan viva ni que existiese tanta fuerza, tanta armonía dentro de mí. No puedo dejar de cantar y, mientras canto, mis labios dejan al descubierto unos dientes iluminados por el sol en una radiante e insólita sonrisa arrebatadora.

Ya recuerdo cuál es el nombre de este lugar.

Garden, el jardín del fin del mundo. Muchos hablan de este jardín, aunque nadie está seguro de su existencia: hay quien lo considera tan solo una leyenda. Aquí puedo cantar como siempre he deseado hacerlo, aunque, en realidad no estoy cantando. No sé cómo no me he dado cuenta antes: cantar está prohibido por la ley, como todas las manifestaciones artísticas. Estaría loca si...

Abro los ojos y me encuentro tendida sobre la cama. Siento fuego en la garganta y me bebería cien vasos de agua para calmar la sed. Observo el reloj de pared que el gobierno instaló mi habitación, al igual que en todas las habitaciones de todas las casas a lo largo y ancho del país. Diecinueve y cuarenta y siete: unas cifras que me cortan la respiración. Hoy tengo turno de noche y empiezo a las ocho en punto. Me pongo en pie de un salto y la sábana cae al suelo mientras retumba en mi cabeza un fragmento

de la constitución pronunciado por nuestro presidente: «El retraso es una negligencia. La negligencia es el desorden. El desorden es la semilla de la perdición».

No sé cómo ha podido suceder algo así. Me parece increíble que el cerebro haya podido jugarme la mala pasada de no abrir los ojos a tiempo. Llegar tarde al trabajo está prohibido y tal vez lo haya olvidado mientras soñaba. Los retrasos están severamente penalizados. Puedes perder el puesto de trabajo, tus derechos y, en muchos casos, incluso la vida.

Intento mantener la calma: tiene que haber alguna explicación. Sí, seguramente me habré equivocado al mirar la hora. Siempre programo el despertador antes de irme a dormir, así que es imposible no haberlo oído. Es el mismo despertador que, cuando suena cada día, me trae de nuevo a la realidad desde que tenía seis años. Observo de nuevo el cuadrante del reloj. En mi imaginación ya no queda rastro ni de la música ni de la hierba: solo veo unas manos agrietadas y polvo de aluminio. Si consigo vestirme y salir en cinco minutos, tal vez llegue a tiempo, pues desde mi casa hasta la fábrica hay un paseo de veinte minutos que, a toda velocidad, puede reducirse a diez. Si salgo corriendo, tardaría la mitad de tiempo en llegar y aún podría salvarme.

Salgo disparada hacia la puerta, vistiéndome con el uniforme de trabajo y atándome las botas a toda velocidad. Termino de abrocharme los últimos botones antes de salir. No tengo que llevarme las llaves de casa, pues cuando vuelva mañana por la mañana mis padres ya se habrán levantado. Quienes, como ellos, llevan trabajando cuarenta años tienen derecho al turno de ocho horas, que empieza a las dos y termina a las diez de la noche. Yo todavía debo trabajar mucho para merecer ese premio. Es lo

que siempre nos repiten en la fábrica. Aunque no estoy muy segura de que el verbo «merecer» sea el más adecuado para el caso.

Cierro la puerta de la calle de un portazo y, corriendo a todo correr, desfilo como una bala entre las casas. Los vecinos quedan atrás como figuras sin forma: podría saludarlos y llamarlos por sus nombres, pero no lo hago porque perdería unos segundos preciosos. Respiro hondo mientras mis pies se mueven sobre el asfalto a toda velocidad. Las células de mi cuerpo solo pueden pensar en la salvación. Hoy no tengo tiempo de repetir mi ejercicio cotidiano, que consiste en recordar quién vive en cada casa y repetir su nombre, su edad y otros datos que he ido aprendiendo año tras año. El hecho es que a veces hay personas que desaparecen de un día para otro: se las llevan los justicieros, que son los vigilantes del orden. Ellos se encargan de castigar a los transgresores. Hay cientos de cámaras microscópicas ocultas por todas partes y, si yo me atreviera a cantar, podrían oírme a través de ellas. En pocos segundos me detendrían.

Debo darme prisa si no quiero ser la próxima en desaparecer. Ya veo la puerta de la fábrica. Aún no está todo perdido: solo quedan unos metros. Mi corazón retumba en el pecho y en las sienes, batiendo contra mi garganta reseca. Mi vida depende de estas botas y de estos músculos. Tengo dieciséis años y toda la fuerza necesaria para superar esa distancia. Puedo salvarme.

Todo esto, en cierto modo, me lo tengo merecido, pues mi obligación era oír el despertador. Pero una parte de mí prefería seguir cantando en el jardín y quebrantar una de las nuevas armonías, así que he corrido un riesgo por el que pueden castigarme. En realidad eso que llaman armonías solo son prohibiciones, es decir, acciones y acti-

vidades a las que estamos obligados a renunciar según las leyes impuestas por Renacer.

«El orden es el pilar del estado. El orden es la base de la constitución. El orden nos alimenta y nos salva».

Suena la sirena: el turno de las ocho está a punto de empezar. La verja de hierro comienza a moverse sobre su carril entre chirridos. Tardará menos de un minuto en cerrarse. Mis pies parecen de cemento: no puedo ir más deprisa y tengo la sensación de que la distancia aumenta en vez de disminuir, como si el terreno quisiera impedirme llegar hasta la verja. Estoy a punto de conseguirlo, pues me quedan tan solo unos dos metros, pero, si quiero pasar, voy a tener que entrar a través una estrecha rendija por la que apenas cabría el cuerpo de un niño. La puerta de metal continúa su camino y yo tengo la sensación de estar muerta de antemano. Soy un cadáver a la carrera.

Entonces oigo mi nombre a lo lejos.

—¡Maite! ¡Maite! ¡Maite!

Mi adrenalina está fuera de control y el pánico inunda mis venas. Es una voz de mujer joven y parece agitada. Da la sensación de que también viene corriendo.

—¡Maite! ¡Maite! ¡Maite!

No, no es una alucinación: es la voz de Erika. La reconozco perfectamente. ¿Es que Erika también ha llegado tarde? ¿Cómo es posible? Pero no hay tiempo que perder, así que ni siquiera me doy la vuelta para comprobarlo. Mi vida depende de ello.

Ya solo queda un metro para llegar hasta la abertura y me lanzo hacia ella como si estuviera zambulléndome en una piscina. Creo que el resto del cuerpo ha entrado a tiempo, aunque no sé si estoy dentro o fuera del recinto. Cierro los ojos con fuerza, no sé si por desesperación o

para hacer acopio de energías. No tengo más remedio que abrirlos, pero me falta el valor.

La verja no puede cerrarse del todo porque mi zapato derecho se ha quedado aprisionado en el hueco. Erika, que venía detrás de mí, acaba de llegar hasta la puerta.

—¡Vamos! —le digo.

Las palabras salen a duras penas de mi boca reseca. Luego alargo un brazo e intento atraerla hacia mí.

—¡Venga, date prisa!

Pero ella niega con la cabeza y dice en voz baja:

—Una de las dos va a tener que quedarse fuera.

Y a continuación me empuja hacia el patio.

La verja se cierra en cuestión de segundos y la sirena deja de aullar. Un leve zumbido eléctrico indica que se ha activado el sistema de protección. Mi cuerpo cae contra el suelo y siento la grava clavada en mi rostro. Intento levantarme y echar a andar, pero algo me lo impide: mis largos cabellos se han quedado atrapados en la verja. Ya sé lo que tengo que hacer ahora: siento un fuerte tirón en la piel, un dolor agudo y un desgarró, aunque al final tampoco ha sido para tanto.

Me pongo en pie de un salto y me dirijo hacia Erika, que se ha quedado al otro lado de la verja.

—¡Tienes que irte de aquí! ¡Huye!

Ya sé que no debería hablar con ella, pues ayudar a un delincuente también es delito. En realidad esa es la razón por la que Erika me ha empujado al otro lado de la puerta: si yo la hubiera ayudado nos habrían castigado a las dos. Ahora solo podrán condenarla a ella.

A veces tengo la sensación de que hacen este tipo de cosas para quitarse a la gente de en medio intencionadamente. Así pueden asignar casas vacías a las parejas que

están en lista de espera para casarse. Es una manera de hacer sitio a los demás.

Pero no estoy segura de ello.

Aquí nunca se puede estar seguro de nada. La cuestión es que los justicieros y el gobierno no quieren que nadie haga conjeturas sobre los desaparecidos. De hecho, con el paso de los años, quienes estaban tan locos como para hablar del asunto se han inventado un nuevo término para referirse a ellos: los llaman los «acabados». Por ahí circulan muchas historias en torno a su destino. Hay quien dice que han cortado toda relación con el pasado para incorporarse a la resistencia. Otros hablan de gente astuta que ha planificado pacientemente la fuga y que ha logrado atravesar la frontera, robar un hidroavión y volar al extranjero, hacia alguno de los pocos países en los que no se ha instaurado el imperio de Renacer. Se dice que muchos han conseguido llegar hasta el jardín del fin del mundo. Creo que este ha sido mi sueño desde niña: tarde o temprano conoceré ese jardín, en el que encontraré a todas las personas que he perdido. También he oído decir que los acabados están retenidos en el almacén, un enorme depósito de víveres en el que se producen continuamente sonidos extraños. Solo los trenes entran y salen de allí: nadie ha estado nunca en ese lugar. También hay quien dice que «acabado» es sinónimo de «asesinado».

Sea cual sea la explicación, la cosa está clara: tarde o temprano, gran parte de los habitantes que viven en mi barrio desaparecerá de un día para otro. Por eso repaso la lección todas las mañanas, pues creo haber olvidado ya a más de un desaparecido. Amigos de mis padres, parientes lejanos, compañeros de colegio, vecinos, mi tía Aurora... Desde pequeña he visto cómo los justicieros detenían a decenas de personas. Y con el paso de los años empiezas

a olvidarlas: es difícil recuperar mentalmente la imagen de sus rostros, el sonido de sus voces, su forma de hablar... Los pierdes. Incluso los nombres se borran de tu memoria y, al final, es como si nunca hubieran existido.

—Vamos, vamos, date prisa —insisto, aunque las dos sabemos que no hay forma de esconderse. Ellos siempre te encuentran.

Acabo de ponerme en pie y, repentinamente, me doy cuenta de que reina un silencio abrumador. Toda la ciudad parece inmersa en un sueño plácido y profundo.

Entonces empiezan a oírse las pisadas de unos hombres que avanzan a paso marcial. Es el único sonido que se percibe allí, aparte del ruido de máquinas en el interior de los hangares. Un pelotón de justicieros se está acercando a la fábrica.

Vienen a detenerla.

Me parece estar viendo a los justicieros. Todos completamente iguales, enfundados en esos uniformes amarillos de pies a cabeza y que forman tres pliegues a la altura de la barbilla. Llevan la R de Renacer estampada a la altura de los hombros, así como una porra y una pistola enfundadas a la cintura. El diseñador de estos uniformes quiso representar la luz de la tranquilidad que las nuevas armonías trajeron después de la guerra, pero solo consiguió el efecto contrario: provocar el miedo.

Ha cesado el ruido de pasos: ya están aquí. Tendría que haberme quedado con Erika para compartir el castigo. ¡Nunca me lo perdonaré!

Mi cuerpo ejecuta una serie de movimientos de manera automática: entro en el hangar 11, subo las escaleras y abro la puerta. Este día de primavera está llegando a su fin y los últimos reflejos del atardecer se filtran a través de las ventanas.

Siempre pude despertarme a tiempo para ir a trabajar. Conozco chicas que han empezado a padecer de insomnio debido a la dureza del trabajo. Yo, afortunadamente, no tengo ese problema. En los momentos más duros me animo pensando que tarde o temprano podré volver a casa, beber agua y consumir una de nuestras miserables raciones de comida. Entonces podré empezar a soñar de nuevo, con la esperanza de que vuelvan las imágenes de todos los días. A veces sueño con una pradera infinita; otras veces, con un bosque frondoso; otras, con plantas llenas de flores. En cualquier caso siempre se trata de imágenes asociadas al jardín. Desearía volver a él, lejos de este trabajo y lejos del momento en que los justicieros se llevaron a mi mejor amiga.

Pero ahora, al otro lado de las escaleras y de la puerta, me esperan una gran cantidad de conductos y de tuberías de refrigeración que llegan hasta el techo. Todos los trabajadores aguardan abajo, alineados en dos largas filas. Los técnicos de mantenimiento entramos más tarde, pues somos los últimos en ser llamados a nuestros puestos. Las «armonías del día», es decir, las noticias que el gobierno nos obliga a ver y a escuchar, amenizan nuestra espera. Son unos documentales que se proyectan sin interrupción sobre una gran pantalla instalada en un muro del hangar. Una meliflua voz femenina cuenta los últimos logros de nuestro presidente. Veo un rostro que se dirige a la cámara con magnética sonrisa y que comienza a elogiar a nuestro pueblo por los titánicos esfuerzos realizados durante este último año, unos esfuerzos que, como exige la tradición, serán festejados el día de la fiesta nacional, es decir, el tercer domingo de mayo.

«Regocíjate, pueblo de Amor, la ceremonia está a punto de celebrarse. Juntemos nuestras manos y rindamos honores al orden, padre de la paz e hijo de Renacer».

Mis ojos se apartan de la pantalla y se dirigen hacia la fila de al lado. Ahora, como todas las tardes, empezarán a pasar lista. Para comprobar la presencia de los trabajadores utilizan el siguiente sistema: uno de los justicieros coteja el rostro del trabajador con una imagen del carné de identidad, procedente de los archivos que figuran en el ordenador central, y luego, cuando ya han tomado nota de nuestra presencia, tenemos que acudir a nuestros puestos. Los empleados de la cadena de montaje siempre trabajan en el mismo puesto. Los técnicos de mantenimiento deben presentarse en el despacho del coordinador de área que se encuentra en el primer piso, a la derecha del pasillo. Allí recibirán las incidencias del día. Cuando terminaban de pasar lista, Erika solía mirarme, sonreía y se iba a la nave de los tornillos. Su trabajo consistía en controlar el ritmo de producción de sus compañeras, que no podía caer por debajo de un límite establecido. Su trabajo... ¿Quién ocupará ahora su puesto? ¿Qué pensarán las demás chicas?

Me acerco a Luca y mis ojos se fijan en una cicatriz que le atraviesa la mejilla. Luca es el técnico de mantenimiento con el que trabajo. El año pasado, mientras reparaba una de las máquinas, una válvula salió disparada, hiriéndole en la cara. No le dio en un ojo por pocos centímetros. Estoy segura de que las chicas de la fábrica habrían montado una escena. Y es que mientras pasan lista, en la fila, he oído en voz baja comentarios como este:

—Qué peligro corren esos ojos verdes tan profundos...

No entiendo este tipo de afirmaciones. Luca siempre me ha parecido un chico como los demás. En alguna ocasión he intentado verlo como si fuera algo más que un compañero, pero he llegado a la conclusión de que solo sería otra persona cercana a la que podría perder en cual-

quier momento. Como ocurre con todo el mundo. Es mejor no encariñarse demasiado con nadie porque así sufres menos cuando se marchan. ¿Qué voy hacer yo sin Erika? Crecimos juntas y en los momentos más importantes de mi vida siempre estuvo ahí, pero ahora... Prefiero no pensar en ello. Algunos días pienso que lo mejor sería no sentir demasiado apego ni por los amigos, ni por tus compañeros de trabajo, ni por tus padres, ni por nadie. Pero con Erika no pude evitarlo y, a veces, tengo la sensación de que con Luca tampoco podré. Recuerdo que, cuando llegué a la fábrica, me costó muchos meses ganarme su confianza. Es más, tenía miedo de él: no era un compañero, sino el castigo personificado. Al verme por primera vez me obligó a hablar con uno de los justicieros para comprobar que, en efecto, era a mí a quien le habían mandado para trabajar con él. ¡Una chica en el servicio de mantenimiento! Tenía que ser un error de cálculo. Se pasó varias horas llamando por teléfono hasta dar con una respuesta que, por lo demás, era previsible: el ordenador central, que valora las aptitudes de todos los habitantes de Renacer, decide nuestro destino laboral y nunca se equivoca.

Luca, después de aquel día, se pasó varios meses insultándome y despotricando contra los exámenes de asignación. Decía que, en vez de dos brazos fuertes, le habían mandado una muñeca de porcelana. Pero poco a poco conseguí ganarme su confianza. Era algo fundamental para sobrevivir aquí dentro. Tras mi primer año de servicio ya iba diciendo por ahí:

—Maite. Nombre corto, ojo de lince y memoria de elefante.

Me sale con esta cantilena cuando consigo reparar algo que se le resiste.

Llevamos ya cinco años trabajando juntos.

Tal vez podría definir lo nuestro como una amistad.

La fila sigue avanzando y, cuando llego ante su presencia, me mira con la duda reflejada en los ojos. Quiere saber dónde estaba y por qué he llegado tarde. Pero no hay huella de reproche en su mirada: solo preocupación. A duras penas consigo esbozar una sonrisa, pues, cuando pienso en Erika, lo que menos me apetece es sonreír. Debería bastar un gesto de complicidad para que Luca se quedara tranquilo.

Ha llegado el turno de recibir el agua. Siento sobre mí la mirada de un justiciero, que me observa como si quisiera leer en mi interior mientras una mano me ofrece mi ración diaria. Recuerdo ahora la sed abrasadora que sentía cuando me desperté, así que desenrosco el tapón y, ante las miradas sorprendidas de todos, me bebo de un trago hasta la última gota. ¿Qué voy a hacer durante el resto de la noche si tengo sed? No me importa. Me ordenan que me incorpore a mi puesto de inmediato, así que salgo de allí y me dirijo hacia el despacho del coordinador. Los pasos de Luca, que baja detrás de mí, retumban por las escaleras.

—¿Dónde te habías metido?

Me gustaría contárselo todo. Explicarle mi sentimiento de angustia y de impotencia, describirle la sensación de terror sobre la piel. Una cosa es escuchar conjeturas sobre los «acabados» y otra muy distinta es estar presente en el momento de su detención. Tengo un nudo en la garganta y sé que, si empiezo a hablar, me echaré a llorar. Sobre todo si pronuncio el nombre de Erika. Me paso la mano por la frente en busca de una respuesta.

—Luego te lo cuento —le respondo en voz baja mientras abro la puerta.

Nada más entrar, una bofetada de calor arremete contra mi persona. Aquello no tiene nada que ver con el sol confortador de mi sueño.

Un sueño inútil que ha estado a punto de costarme la vida.

Doy los buenos días al coordinador de área, pero está tan abstraído con las armonías del día que ni siquiera me responde. Su mirada, clavada en el rostro del presidente, permanece atenta a la pantalla.

Hago esfuerzos para no pensar en Erika y las lágrimas agujijonean mis párpados como cientos de alfileres clavados bajo la piel, pero la gélida mirada del coordinador paraliza mi llanto. En algún rincón del patio empieza a sonar la sirena de las ocho y diez.

Se dice que muchos han conseguido
llegar a Garden. El único lugar
donde aún sobreviven las luciérnagas.

Aunque nadie está seguro
de su existencia. Hay quien
lo considera tan solo una leyenda.

«ESTE HA SIDO MI SUEÑO DESDE NIÑA:
TARDE O TEMPRANO CONOCERÉ ESE JARDÍN».

1578205

ISBN 978-84-678-4080-3



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com